

jefe recibió otro que le tiró contra la pared, y de rebote cayó al suelo como una pelota de caucho; pero la ley tiene mucha fuerza y el pobre José María fué también arrestado.

A las doce en punto entraban Aurora y José María en la comisaría de la calle de Babilonia, Aurora en el coche del polizonte, José María entre dos agentes y confundido con una media docena de rateros y pilletes que esperaban como ellos el paso del inmundo coche que iba á conducirlos á lo que fué palacio de San Luis, y que es hoy lo que se llama el santuario de la Justicia.

Una atroz iniquidad más acababa de cometerse en su nombre.

VIII

En la madriguera de la zorra.

El general se habia puesto en camino con el alma iluminada, por decirlo así, por un rayo de sol.

El aspecto de sus asuntos acababa de cambiar de pronto.

Era como si empezara para él una nueva existencia.

Ya no se sentía solo en el mundo.

Aquella joven que el azar habia llevado á su puerta, y á quien él habia recogido, era su hija, la de Magdalena de Arvil.

El lazo de que hablaba antes como de una amenaza á la que habia sido todo en su vida, que habia alocado su juventud, llenado los sueños de su edad madura, el solo móvil, en una palabra, de sus acciones cuando habia sido

impulsado al crimen por una demencia pasajera ó arrastrado hacia la gloria por una generosa idea de reparación, aquella cadena que le parecia imposible romper, existia entre ellos, entre el culpable y la víctima, entre el amante salvaje y feroz en una hora de locura, y su querida involuntaria.

Aquel lazo de unión era Aurora Milton.

Existía el viviente recuerdo del atentado que dejó en el alma de Jaime Fugeret, las vergüenzas y dolores de un remordimiento invencible é imborrable.

Ella era, sí.

A sus ojos no faltaba más que la prueba, no para él sino para los demás; la prueba cierta, palpable, ante la cual hasta los más incrédulos tuvieran que inclinarse.

Ahora bien, esta prueba era lo que él iba á buscar y estaba resuelto á obtenerla por todos los medios.

A sus ojos, el ser infame que habia causado todo el mal, era el notario que la condesa de Arvil habia escogido como depositario de su dinero y de su secreto.

Pilet Desbuttes.

El era el autor de la trama en la que se habia envuelto tres años antes á la hija de Magdalena de Arvil, á fin de sustraerla á todas las pesquisas y gozar en paz del más indigno de los abusos de confianza.

Los otros, los Chavarux, no eran más que comparsas, agentes inconscientes tal vez de un fraude del que no habian recibido ningún beneficio.

El general hubiera querido estar ya en Vichy, frente á frente de aquel viejo infame y

el expres que le conducía marchaba lentamente para sus deseos.

Pero no tenía más remedio que tener paciencia.

Sin embargo, el viaje, aunque largo, tuvo su fin.

El tren se paró.

Daban las siete.

Los alrededores de la estación estaban casi desiertos.

El general se bajó del tren cogió su maletilla y tomó el primer ómnibus que se presentó.

—¿A dónde vais?—preguntó el conductor.

—Al hotel.

—¿A cuál de ellos?

—Al que queráis, al mejor.

—¿Al del Parque? ¿Al del Almirantazgo?

¿Al de los Príncipes?

—Al que queráis.

—Está bien.

A las siete y media estaba el general instalado en la mesa del comedor en compañía de dos ó tres huéspedes perdidos en la inmesidad del local, demasiado vasto para ellos.

Jaime Fugeret preguntó á su vecino, un caballero de fisonomía inteligente y de aspecto bondadoso:

—¿Sois del país, caballero?

—No, pero lo habito desde hace veinte años.

—¿Y sois? sin indiscreción.

—Médico.

—¡Ah!

—¿Tenéis necesidad de mis servicios?

—Por el momento, no, más tarde, tal vez.

—Vichy está desierto aun... ¿Entonces vendreis á asuntos?...

—Precisamente, caballero—repuso el general, que encontraba el pretexto excelente.

—¿Quereis comprar algun inmueble?

—Tal vez.

—¿Una villa?

—Más bien alguna finca en los alrededores.

—Las hay muy bonitas.

—En Vichy hay varios notarios, ¿no es verdad?

—Sí, ya lo creo!

El doctor nombró dos, cuyas cualidades ensalzó.

Y de pronto exclamó:

—¡Ah, diablo, donde tengo la cabeza! He olvidado á uno, y precisamente el principal, el señor Pilet Desbutes.

El general dijo simplemente sonriendo:

—Esperaba oír su nombre, del que no me acordaba. Tengo tan mala memoria... Unos amigos me han hablado de él.

—¿En Paris?

—Sí, doctor, en Paris. ¿Qué clase de hombre es?

El doctor dijo con mucha prosopopeya:

—Muy respetable caballero.

—¡Ah!

—¡Poderosamente rico!

—¡Oh!

—Merece una extimación universal.

—¿De veras?

—Es mi notario; un hombre exacto, íntegro, de una perfecta probidad, cosa rara en unos tiempos en que la corporación se presta á críticas á veces justificadas. Con el señor Pilet Desbutes no hay cuidado alguno. Los más moderados valúan su fortuna en un millón. Y q

le supongo el doble por lo menos. ¿Creo que es un bonito capital para un notario de provincia, eh? ¿Qué decís?

—Digo que es un bonito capital. ¡Cómo ha debido de desplumar á su clientela!

—Quiero creer que eso es una simple broma—dijo sonriendo el médico.

El general estaba un tanto desorientado por aquella avalancha de elogios.

¿No serían injustas sus sospechas?

—Os doy las gracias—dijo—por los informes que me habéis dado. ¿Sabéis si el señor Pilet está en Vichy en estos momentos?

—No hay cuidado que se aleje de él. Sus clientes pueden estar seguros de encontrarle siempre en su despacho. Trabaja como diez aunque tendría medios para descansar.

—Bueno. Le veré.

La comida terminó sin incidente.

Los viajeros fueron saliendo.

El general quedaba el último.

El dueño del hotel erraba por la vasta sala desierta. El general le hizo seña para que se aproximara.

—¿Conocéis al señor Pilet-Desbuttes?—preguntó el general.

—Algo, caballero. ¿Tenéis asuntos con él?

—Tal vez.

El dueño que, era un hombre grueso y de aspecto jovial, oprimió los labios y dijo:

—¿A quién tengo el honor de hablar?

Jaime Fugeret le entregó una tarjeta suya. En cuanto fijó en ella los ojos hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó;—¿no estabáis en el Tonkin recientemente?

—Sí, señor.

—¡Ah! mi general, he oido pronunciar con frecuencia vuestro nombre.

—¿A quién?

—A uno de mis hijos que estaba con vos.

—¡Toma! ¡toma! ¿qué casualidad?

—Me considero muy honrado en recibirlos en mi casa! ¿Habéis estado herido?...

—Sí.

—Gravemente... dos balazos... Mi hijo me lo ha dicho... ó más bien me lo ha escrito, porque el pobre muchacho sigue allí... Veo con gusto que estáis mejor...

Y volviendo á la pregunta del general añadió:

—¿Me preguntáis lo que pienso de ese notario?

—Confidencialmente.

—Pues bien; en el país pasa por un modelo de exactitud y honradez... Preguntad á quien queráis y os contestarán lo que os he dicho.

—¿Vuestra opinión?

El dueño del hotel bajó la voz.

—No la tengo—dijo;—pero en vuestro lugar tomaría mis precauciones... ó...

—¿Me dirigiría á otro? ¿Es eso lo que queréis decir?

—Perfectamente.

—Gracias. ¿En qué os fundáis?

—En nada; pero de todos modos, desconfiaría.

—¡Bueno!

El general salió del hotel provisto de aquellos dos informes contradictorios.

Eran cerca de las nueve.

Los mecheros de gas ardían parsimoniosa-

mente en las calles de Vichy, obscuras y casi desiertas.

Preguntando, á los pocos paseantes que encontró, el camino que debía seguir, se encontró enfrente de una fachada obscura, en la que una sola ventana estaba débilmente alumbrada, y cuyo resplandor pasaba al través de las hojas de las persianas, que estaban cuidadosamente cerradas.

Algunos anuncios cubrían la pared cerca de la puerta principal.

Era allí.

El general llamó.

Una criada de unos cincuenta años salió á abrir, ó más bien á entreabrir la grande y pesada puerta del viejo edificio.

—¿Por quién preguntáis?—dijo.

—Por el señor Pilet Desbuttes.

—¿Queréis verle?

—Sí es posible. ¿Está aquí?

—Sí, señor.

—¿No le molesto?

—Yo creo que no. No estamos más que él y yo en la casa.

Fugeret pensó que era más que lo que él deseaba.

Sacó una tarjeta, y entregándosela á la criada, preguntó:

—¿Queréis hacer el favor de anunciarme?

Un cuerpo largo, seco y apergaminado se presentó en el vestíbulo, entreabriendo una puerta, atraído por el ruido.

—¿Preguntáis?...—dijo.

—Por el señor Pilet Desbuttes.

—Soy yo, caballero.

—Soy el general Fugeret.

—Dignaos seguirme.

Dos minutos más tarde, el hijo del almadrero de San Juan del Desierto, estaba instalado en la butaca en que la condesa de Arvil, casi á la misma hora, se había sentado diecinueve años antes.

—¿A qué debo el honor de vuestra visita, caballero?—preguntó el notario con voz algo emocionada.

Y sin esperar contestación añadió:

—¡No os extrañe verme un poco turbado, general! He recibido hace un momento una carta de Paris que me causa grandes inquietudes...

—¿Será indiscreción preguntaros de qué se trata?

—¿Por qué no deciroslo? uno de mis amigos, notario como yo, el señor Merlin, me informa confidencialmente que uno de sus pasantes ha desaparecido desde hace dos días, sin que se sepa que ha sido de él... Ahora bien, tengo el más vivo interés por ese joven... Tal vez se trate de una simple escapatoria... aunque eso me admiraría, porque conozco á ese pobre Bernardo... es un joven serio y metódico... Paris es cada vez más peligroso... Estoy tanto más impresionado cuanto que he sabido por un despacho la muerte del pobre marqués de Caylus. Los Caylus son clientes míos, y esa noticia me ha trastornado... ¡En qué tiempos vivimos, Dios mío!

—¿El joven á que os referis se llamaba?...,

—¿El pasante del señor Merlin?

—Sí señor.

—Bernardo Chavarux.

El general hizo un pequeño movimiento

de sorpresa que no se le escapó al notario.

—¿Le conoceis?—preguntó el señor Pilet.

—He oído hablar de él. ¿De modo que ha desaparecido?

—Hé aquí la carta que me lo anuncia.

—Eso es singular.

Y en seguida un detalle vino á la memoria del general.

Había visto la tarjeta de aquel Bernardo Chavarux sobre la chimenea del hotel Saint-Aubin. También había visto aquella noche salir al pasante acompañado del barón.

El era el que había pronunciado el nombre de la señorita de Arvil.

El general se acordaba de esto perfectamente.

—No se debe dar demasiada importancia á una ausencia que puede reconocer por causa la cosa más sencilla del mundo—dijo.—¿No hablabais de una locura de juventud?

—Sí—dijo el notario con aire abatido; pero no lo creo, porque Bernardo es de una exactitud modelo, muy laborioso é incapaz de una ligereza.

—¿Qué suponéis, pues?

—Tengo las ideas más negras.

—¿Sin pruebas, sin indicios?

—¿Qué queréis? Es un presentimiento. Esos dos acontecimientos que se producen en el mismo instante: la desaparición de Bernardo y el asesinato del marqués, me lanzan en una verdadera consternación.

—¿Qué relación puede tener lo uno con lo otro?

—Ninguna, sin duda, y, sin embargo, ¿quién sabe?

El señor Pilet, cambiando de asunto, preguntó:

—¿Teniais que decirme?

El general fijó sus ojos en los del anciano, y empezó diciendo:

—Vengo á hablaros de un asunto antiguo, muy antiguo... Se remonta á hace cerca de diez y nueve años.

El notario no pudo disimular un movimiento de sorpresa y de malestar.

El general continuó:

—Es una historia trágica: una joven de la alta sociedad, hermosa y rica, había inspirado una pasión salvaje á un hijo de pobres artesanos, un desgraciado educado por caridad é instruido en uno de esos colegios donde se prepara á los jóvenes para la dignidad sacerdotal... ¡Este joven no tenía ni la vocación ni la virtud necesarias! Soñaba con la fortuna... con el dinero... Y lo que sobre todo le separaba del camino que le habían trazado era el feroz, el infame deseo que le abrasaba, que le volvía loco, que le inspiraba la nefasta idea de un crimen, por poseer la que se había convertido para él en una pesadilla á quien adoraba sin esperanza.

Un día que él erraba por los bosques inmediatos al parque del castillo de su aldea, vió un caballo que huía solo, sin su ama, que acababa de pasar un momento antes galopando. Un accidente mortal tal vez había ocurrido. Aquel joven corrió en la dirección de donde venía el caballo espantado, y muy pronto se detuvo, presa del mayor terror. La joven objeto de su miserable pasión, estaba tendida en una cuneta, muerta sin duda. Trató de hacer-

la recobrar la vida. ¡No lo pudo conseguir! Entonces una tentación infernal turbó su cerebro enfermo. ¡No concluyo!... ¡Ya habréis comprendido!... Aquella desgraciada, un ángel de virtud y de bondad, fué profanada, deshonrada á los ojos del mundo por un crimen odioso, abyecto, infame...

El general y el anciano se miraron.

El señor Pilet-Desbuttes no pronunció una palabra.

Jaime Fugeret dominó la emoción que había alterado su voz por un momento, y prosiguió:

—Este atentado, digno de un presidio, debía ser causa de otro aun más inexcusable que el primero. El miserable de quien acabo de hablaros había ajado á una joven; otro miserable debía despojar al ser que es sagrado á los ojos de todo el mundo de corazón y de honor, una criatura... La víctima de aquel acto horrible tenía un amante ó, mejor dicho, un prometido, un joven distinguido, rico, muy instruido y quien la amaba con todo el amor que ella se merecía. Llegó á ser madre y aquel joven se suicidó de desesperación. Entonces la desgraciada, en un momento de locura, rechazó á la criatura que acababa de dar á luz. Se temió un acceso de locura provocado por tantos dolores, y se quitó la criatura de su vista, tratando de salvar á la vez su vida y su honor. Esa joven tan atrozmente deshonrada se llamaba Magdalena de Arvil. Vive aún, ha vuelto á recobrar la salud y la razón. No ha vuelto á saber de su hija... He aquí por qué.

El Sr. Pilet-Desbuttes había tenido en un principio ciertos estremecimientos reveladores.

Se encontraba en frente de un peligro inminente y aquel peligro le sorprendía en el momento en que la noticia de la desaparición de Bernardo Chavarux acababa de trastornarle á él, que era tan difícil de conmover como á un bloque de granito.

Por otra parte, la calidad del adversario que tenía frente á él, la energía de sus facciones, el fuego sombrío de sus ojos, le imponía un respeto mezclado de terror; pero cuanto mayor era el peligro para él, más violenta fué la reacción que se realizó en sus nervios por un poderoso esfuerzo de su voluntad.

Con aire tranquilo preguntó:

—¿En qué, si me haceis el favor de decirlo, general, puedo servirlos y qué papel debo yo desempeñar en ese drama íntimo?

—Esperad.

—Os escucho.

Hubo un momento de silencio.

Los dos adversarios se examinaban con desconfianza.

El anciano cogió la carta del Sr. Merlin, que estaba abierta sobre el escritorio y, dijo con doloroso tono:

—Cada uno tiene sus penas, general. La vida está llena de ellas. ¡Pobre Bernardo! ¡Qué le habrá ocurrido!

¿Comprendió Fugeret el objeto de aquella digresión?

Es seguro.

Lanzó al astuto notario una mirada fría como el acero, y continuó.

—Ignoro si ese joven, cuya suerte parece preocuparos tan vivamente y á quien vi una noche en París...

—¿Vos? caballero.

—En efecto, y en circunstancias que me dan que pensar.

—¿Dónde, pues?

—Cerca del hotel de un hombre cuya vida tiene su lado tenebroso.

—¿Cómo se llama?

—El barón de Saint-Aubin.

—¡Ah! —exclamó el notario.—¿Bernardo le veía?

—Sí. Y aun puedo deciros que el día que los encontré hablaban de la señorita de Arvil.

El anciano reprimió un sobresalto.

El general añadió con intención:

—De esa misma señorita de Arvil, por quien me intereso y de quien vengo á hablaros.

La frente del señor Pilet se plegó; sus arrugas se hicieron más profundas.

Invitó con un gesto al general á que se explicara.

Jaime Fugeret repuso:

—Os decía que ignoraba si ese joven ha podido ser, como vos pareceis temer, víctima de una maquinacion criminal, pero sé que germinan á veces extraordinarios en ciertas imaginaciones. De estos crímenes, los unos se descubren, otros quedan ocultos y se necesita un milagro para descubrirlos y castigarlos. De uno de esos crímenes tenebrosos es de lo que vengo á hablaros.

A pesar de la serenidad del señor Pilet, su apergaminado rostro se puso lívido.

La sangre fría de aquel visitante inesperado le dominaba y le causaba la impresión que la presencia del tigre causa á todos los que de ella se dan cuenta.

El anciano se sentía en presencia de un enemigo más fuerte que él, de clara inteligencia, de espíritu penetrante y dotado de esa tenaz voluntad que va derecha á su objeto y destruye todo obstáculo que se levanta á su paso.

Dijo en voz baja.

—El tiempo pasa y sigo esperando saber en qué puedo seros útil...

El general sonrió con amargura.

—Tened paciencia—dijo.—El asunto es grave y bien vale el tenerla algunos momentos. Llego al punto interesante y que os toca. La señorita de Arvil tenía una madre, la condesa de Arvil, viuda de un presidente de la Audiencia de Paris. Esta condesa era una mujer imperiosa y voluntaria; pero honrada y justa. Tuvo que consentir en separar la hija de la madre, pero no abandonarla completamente. Dejó, pues, la Suiza y Lugano, donde su hija se había refugiado, en compañía de una doncella, en la que tenía entera confianza... ¿A donde fué? Indicios seguros nos han hecho pensar que vino á este país... Un accidente ferroviario ocurrió uno ó dos días después de su partida, cuando volvía al lado de su hija. La niña no estaba ya con ella... Había debido confiarla á alguien, ponerla bajo la vigilancia de gentes que creía honradas y que se encargaran de criarla y educarla.

—Simples suposiciones.

—No del todo... Según todas las apariencias, la señora de Arvil retribuyó sus servicios por adelantado.

—¿Como lo sabéis vos?

—Porque en el saquito que se encontró cer-